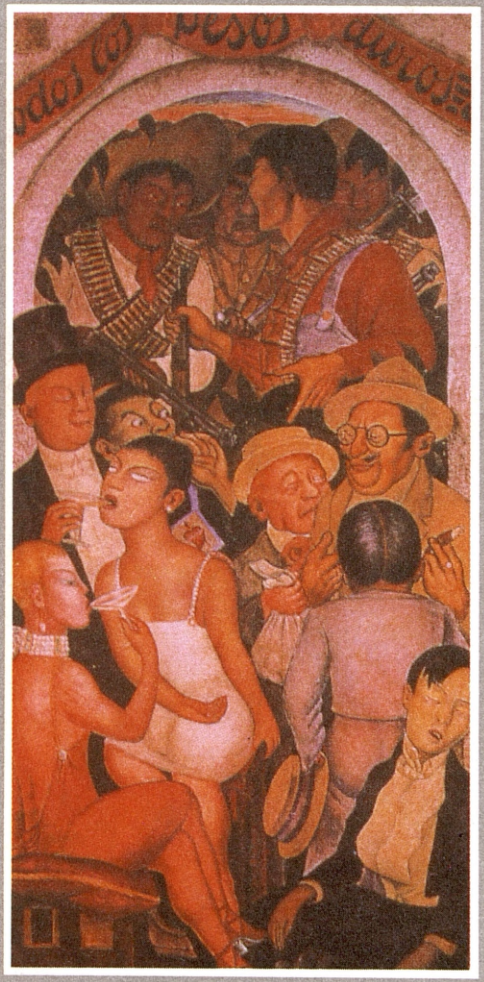
LAS DISPUTAS POR EL MÉXICO RURAL

Sergio Zendejas
Pieter de Vries
Editores



VOLUMEN I. ACTORES Y CAMPOS SOCIALES

EL COLEGIO DE MICHOACÁN

LAS DISPUTAS POR EL MÉXICO RURAL

TRANSFORMACIONES DE PRÁCTICAS, IDENTIDADES Y PROYECTOS

Sergio Zendejas
Pieter de Vries
Editores

Volumen I
Actores y campos sociales

El Colegio de Michoacán

307.72 Las disputas por el México rural: transformaciones de prácticas, identidades y
DIS- proyectos/Sergio Zendejas, Pieter de Vries (editores).– Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán, 1998.

Basado en el 16° Coloquio de Antropología e Historia Regionales, llevado a cabo en la ciudad de Zamora, Michoacán.

Contenido: Primera parte: Actores y campos sociales: perspectivas y propuestas. Segunda parte: Pugnas entre diferentes proyectos de modernización. Tercera parte: Espacios transnacionales de confrontación y negociación. Cuarta parte: Organización, política y control de recursos naturales.

401 p.; 23 cm.

ISBN 968-6959-85-8, obra completa
ISBN 968-6959-86-6, volumen I

1. México-Condiciones rurales
2. Campesinos-Condiciones socioeconómicas
3. Sociología rural
I.t.
II. Zendejas, Sergio, ed.
III. Vries, Pieter de, ed.

© D.R. El Colegio de Michoacán, A.C., 1998
Martínez de Navarrete 505
Esquina con Avenida del Árbol
59690 Zamora, Mich.
publica@colmich.cmich.udg.mx

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 968-6959-85-8, obra completa
ISBN 968-6959-86-6, volumen I

ÍNDICE

Presentación
Sergio Zendejas 11

Introducción general
Pieter de Vries y Sergio Zendejas 19

PRIMERA PARTE
ACTORES Y CAMPOS SOCIALES: PERSPECTIVAS Y PROPUESTAS

Cambio rural, neoliberalismo y mercantilización:
el valor social desde una perspectiva centrada en el actor
Norman Long 45

Cuestiones agrarias y campos sociales
William Roseberry 73

SEGUNDA PARTE
PUGNAS ENTRE DIFERENTES PROYECTOS DE MODERNIZACIÓN

¿Se puede pensar en otra "modernidad" rural?
El caso mexicano visto en una perspectiva global
John Gledhill 101

El discurso de la modernización agropecuaria y las
estrategias de las organizaciones campesinas emergentes
Gabriel Torres 133

TERCERA PARTE
ESPACIOS TRANSNACIONALES DE CONFRONTACIÓN Y NEGOCIACIÓN

Globalización y coaliciones transnacionales en el sector rural
Luis Hernández Navarro 169

Los ausentes siempre presentes: comunidad transnacional, tecnología y la política de membresía en el contexto de la migración México-Estados Unidos
Robert C. Smith 201

Desarrollo, relocalizaciones involuntarias y redes de informática rural: múltiples escenarios, guiones y el perfil de un contexto emergente
Scott S. Robinson 243

CUARTA PARTE
ORGANIZACIÓN, POLÍTICA, Y CONTROL DE RECURSOS NATURALES

Vulnerabilidad y recursos institucionales autóctonos de los campesinos pobres en el medio rural reformado: el caso del manejo colectivo de pastizales
Raúl García Barrios, Héctor Robles, Nancy McCarthy y Edgar Ericksson 255

Ejidatarios, pequeños propietarios y ecuareros: conflictos y componendas por el acceso a tierra y agua
Gail Mummert 291

Experiencias locales en la transformación del orden rural: el PROCEDE en el centro de Veracruz
Helga Baitenmann 321

Políticas de compensación social y la mujer campesina: negociaciones y candados en el caso de las UAIMs
Magdalena Villarreal 337

Referencias bibliográficas 359

Abreviaturas 399

INTRODUCCIÓN GENERAL

Pieter de Vries
Wageningen Agricultural University
y *El Colegio de Michoacán*
Sergio Zendejas
El Colegio de Michoacán

I

Nuestra propuesta de análisis del "México rural" como objeto de disputa entre distintos grupos y organizaciones en muy diversos ámbitos de confrontación tiene un doble sustento: el compromiso de reflexionar críticamente sobre las transformaciones recientes del México rural (tal como lo referimos sucintamente en la presentación a este volumen), y la conveniencia de hacerlo retomando viejos debates y recuperando novedosas propuestas de análisis de las ciencias sociales.

El primero de esos debates es sobre los vínculos o las relaciones entre, por un lado, las reformas gubernamentales y las transformaciones asociadas con los procesos de globalización y, por otro lado, las respuestas y las iniciativas, las luchas y los proyectos gestados cotidianamente entre diferentes grupos locales y regionales de la población rural, y entre otros grupos –dentro y fuera del gobierno, del país y el extranjero– con intereses en el campo mexicano. Por lo mismo, una de las directrices para el diseño de este libro ha sido la idea de que las transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales del país no se generan nada más desde "arriba", a partir de la lógica supuestamente impersonal e inevitable de las grandes estructuras y los grandes sistemas, sino también desde "abajo", a partir de la confrontación de los intereses –a menudo encontrados– de los distintos grupos de la pobla-

ción rural entre sí y con otros grupos de la sociedad mexicana y de otros países.

Más allá de "la historia de bronce" y de los grandes modelos sobre el cambio macro-estructural, las historias del país y de las sociedades rurales mexicanas no han sido escritas por una sola pluma, por un grupo social único o por la lógica o destino inexorable del desarrollo del sistema capitalista o del presidencialismo. Sin embargo, tampoco hemos pretendido hacer una invitación para que nos pasemos al extremo opuesto e ingenuamente supongamos que todos los grupos y organizaciones están en igualdad de condiciones para la confrontación y la negociación, o que los distintos recursos están igual o similarmente distribuidos entre ellos. Sería un error obviar relaciones jerárquicas y desigualdades en el acceso a recursos, tanto como menospreciar la difícil gestación de formas alternativas de organización e interpretación sociales (véanse, en particular, los capítulos de la primera parte de ambos volúmenes). Sin embargo, más que articular la dicotomía "desde arriba/abajo", creemos que nuestro reto es definir enfoques que nos permitan conceptualizar la determinación mutua, si bien cambiante y desigual, de prácticas, identidades y proyectos gestados en diferentes espacios o campos sociales (véanse, principalmente, los artículos del volumen I).

El segundo hilo conductor en la concepción de este libro ha sido la idea de "los muchos Méxicos" o, como diría don Luis González, las muchas matrias; es decir, nos referimos a la heterogeneidad socioeconómica, política y cultural de la población mexicana, con muy diversas expresiones regionales y étnicas e, inclusive, al carácter no monolítico tanto del gobierno mexicano y sus diferentes dependencias, como de las distintas organizaciones campesinas, de las agrupaciones de empresarios agropecuarios, de ejidos y comunidades indígenas, etcétera. El reconocimiento de esta diversidad es clave para estudiar no nada más los impactos diferenciales de las transformaciones estructurales entre la población rural del país, sino también la pluralidad de sus intereses, percepciones, respuestas e iniciativas. Asimismo, desde esta perspectiva, el análisis de las relaciones de poder no se restringe al tratamiento de relaciones entre grupos o entidades supuestamente ho-

mogéneas, como ejidos o asociaciones de empresarios agrícolas. Por el contrario, incluye la constante negociación (práctica y discursiva) de la unidad y la membresía, es decir, la redefinición de alianzas, objetivos, formas de organización y criterios de membresía y exclusión, tanto dentro del llamado movimiento campesino y de las principales dependencias gubernamentales, como al interior de organizaciones regionales o locales de productores, ejidos, élites políticas regionales, etcétera.

Por lo tanto, desde esta óptica, los proyectos políticos, las propuestas sobre el futuro del país y de los Méxicos rurales también han estado preñadas, en menor o mayor medida, por dicha heterogeneidad. Así por ejemplo, en sus intentos por forjar proyectos políticos alternativos a los del binomio gobierno-PRI, tanto las organizaciones campesinas como las de empresarios agropecuarios han tenido que enfrentar no sólo las ataduras del corporativismo –p. e. de la CNC–, sino también divisiones entre ellas mismas y al interior de cada una. Sin embargo, la acción social colectiva no sería posible ni comprensible únicamente a partir de dicha heterogeneidad. Activistas y académicos enfrentamos, diferentemente, el reto de las relaciones cambiantes y conflictivas entre dichas pluralidades sociales y la construcción/redefinición de identidades colectivas, y las luchas por la construcción/cuestionamiento de hegemonías tanto cultural como organizativamente (véanse los artículos del volumen II).

La tercera directriz que nos sirvió para imaginarnos y ahora presentarles este libro se refiere a la importancia de la historia, cuando menos en tres sentidos íntimamente vinculados entre sí. Primero, "los cambios actuales vinculados con procesos históricos". La gravedad de las reformas gubernamentales de fines de los ochenta a principios de los noventa y las enormes expectativas sobre sus posibles efectos parecen obligarnos a reaccionar muy rápidamente para realizar tanto estimaciones sobre posibles impactos, como evaluaciones de consecuencias –que en muchas situaciones apenas empiezan a perfilarse. En estos casos ha sido muy común –principalmente en los estudios económicos– que la falta de perspectiva histórica impida discernir en qué medida y de qué maneras los cambios detectados (p. e. en la tenencia de la tierra, la migración o formas de control político en el campo) se deben a las

reformas recientes o están complejamente vinculados a procesos de cambio con profundas raíces históricas. Al respecto, véase la invitación de Nugent en el volumen II a desarrollar una conceptualización "del proceso histórico [de México, del México rural] como una serie de transformaciones más que como una secuencia de rupturas" a fin de evitar el análisis de cambios sociales –como los implicados en y por el levantamiento armado del EZLN– en términos de "contrastes rígidamente antitéticos entre pasado y presente". Segundo, directamente relacionado con el punto anterior tenemos "el análisis histórico como apoyo para la autocrítica". Creemos que en muchas ocasiones ha hecho falta una reflexión autocrítica, por parte de los mismos académicos, con relación al supuesto carácter "novedoso" de los procesos y los actores sociales analizados. Al respecto es muy interesante la provocadora pregunta que el profesor Alan Knight le hizo a los ponentes de un seminario sobre movimientos populares y cambio político en México, organizado a principios de 1989: ¿Qué es lo nuevo: los tipos de movimientos sociales analizados en las ponencias del evento o el interés de los intelectuales por estudiarlos? (1990: 78-102). Tercero, "la(s) historia(s) o narrativas como representaciones del pasado, como reconstrucciones retroactivas de prácticas sociales". La noción de historia –como reconstrucción de "lo que realmente pasó"– se vuelve sumamente problemática en la medida en que pongamos énfasis en la pluralidad y heterogeneidad de respuestas, luchas y proyectos de los diversos grupos (rurales o no) que se disputan "al México rural". Primero, este tipo de enfoques sugiere (si es que no hace aparecer) la existencia de una pluralidad de voces (o polifonía) que generalmente es suprimida por la narrativa monofónica del autor. Segundo, en tanto esa pluralidad de voces incluye distintas narrativas históricas, la determinación de "lo que realmente pasó", como parte de la conformación de memorias colectivas, es objeto de confrontación social porque los significados de "el pasado" contribuyen a definir lo que está en juego en el presente, de la misma manera que "lo que realmente pasó" y los significados de "el pasado" son producidos como parte de relaciones de poder entre distintos grupos –relaciones de poder directamente articuladas con la constante redefinición de los proyectos políticos de los grupos contendientes

(Alonso 1988: 33-39, 49-51). Al respecto, véase el artículo de M. Nuijten y el de Stephen y Pisa en el volumen II.[1] Así mismo, el capítulo de A. Knight II se une a sus anteriores contribuciones sobre la crítica no sólo de la historiografía oficial de la Revolución mexicana, sino también de las reacciones "revisionistas" que representan al Estado mexicano como un Leviathan opresor de las masas que es omnipotente y omnipresente –cuando menos– desde fines de los treinta (véanse, principalmente, las contribuciones al volumen I).

El cuarto eje que nos sirvió para elaborar el proyecto de este libro se refiere a la necesidad de ampliar nuestras perspectivas de análisis para que las instituciones, organizaciones, poblados, regiones o grupos políticos específicos que estudiamos los ubiquemos en (o los conceptualicemos como interdependientemente entrelazados con) contextos políticos, culturales y socioeconómicos mayores –ya sea para analizar las dimensiones culturales de los procesos de mercantilización asociados con el neoliberalismo (véase el capítulo de N. Long I); para ubicar las cuestiones agrarias en campos sociales (W. Roseberry I); discutir los entornos organizativos e interpretativos de la actividad colectiva (G. Smith II); estudiar la redefinición de identidades colectivas (G. de la Peña, E. Zárate, y otros capítulos del vol. II); discutir la posibilidad de una "modernidad" rural diferente para el caso de México (J. Gledhill I); para entender las contradicciones de "la modernidad" supuestamente impulsada por el gobierno federal (E. Zárate II, N. Harvey II, y Baitenmann I), o analizar la construcción social de espacios transnacionales de confrontación y negociación (los artículos de la tercera parte del volumen I).[2]

1. En particular, el artículo de Nuijten se inscribe en debates que desde fines de los ochenta cuestionaron los enfoques tradicionales de la historiografía, de la creación de historias o memorias públicas, y de la "elaboración" de historias orales. Véanse, además de las referencias en la contribución de Nuijten II: Gilsenan (1996), O'Brien y Roseberry (1991), Frisch (1990), Portelli (1991), y O'Malley (1986).
2. En el caso de la antropología, literatura reciente da cuenta de numerosos esfuerzos por incorporar una perspectiva global. Véanse, p. e. Appadurai (1991), Kearney (1995; 1996) y Marcus (1995).

II

A partir de esas directrices y sus interconexiones, los siguientes planteamientos nos sirvieron para proponer un espacio común de diálogo para el debate académico entre los autores que han contribuido con textos para este libro.

El levantamiento armado en Chiapas así como las diferentes movilizaciones de grupos de agricultores (p. e. El Barzón) son muestras elocuentes tanto de las desigualdades existentes en el país como de la pluralidad de identidades sociales y proyectos político-económicos de grupos regionales y étnicos con capacidad para interpelar el proyecto neoliberal del gobierno. Pero además de estos "grandes eventos" también hay múltiples "pequeños eventos" que sirven para expresar inconformidad y resistencia ante estos proyectos neoliberales y, en ocasiones, proponer alternativas. A la larga, estos "pequeños eventos" que se manifiestan en diversos ámbitos cotidianos no son menos trascendentales en sus consecuencias y significados. Por ejemplo, mucho antes que se reformara el artículo 27 constitucional, las prácticas cotidianas de compra-venta y renta ilegales de parcelas ejidales ya habían contribuido decididamente a modificar la estructura de la tenencia de la tierra y los patrones de control de la producción.

La relación entre estos "grandes" y "pequeños" eventos nos coloca ante un reto teórico importante, ya que pone a prueba el poder explicativo y/o interpretativo de las conceptualizaciones del cambio social que han predominado en el país para el estudio del México rural: el estructuralismo (en diversas variantes, incluyendo notoriamente algunas marxistas) y el resurgimiento de discursos sobre la modernización. Los esquemas estructuralistas predominantes desde los sesenta han perdido fuerza precisamente por su incapacidad para enfrentar problemas vitales que tienen que ver con el carácter contingente y cotidiano de muchos eventos y procesos que desde esta perspectiva son etiquetados como anomalías, simple desorganización o incluso corrupción. Ejemplos de esto serían, por un lado, las maneras en que cotidianamente ejidatarios en todos los rincones del país han estado creando normatividades, discursos y prácticas paralelas al marco jurídico e

institucional (p. e. las ventas ilegales de parcelas ejidales) y, por otro lado, las formas cotidianas de resistencia a proyectos gubernamentales de desarrollo, como tortuguismo, indiferencia, uso de recursos para fines distintos a los del proyecto oficial, etcétera. Por su parte, el proyecto gubernamental neoliberal ha estado asociado con un discurso sobre la modernización económica, sobre la pluralidad política y el resurgimiento de la sociedad civil que distan por mucho de coincidir con los recientes acontecimientos políticos, experiencias cotidianas y proyectos políticos de amplios sectores de la población.

La sensación de urgencia que subyace a este llamado a la reflexión no es gratuita. En México, la gran trascendencia de las iniciativas gubernamentales de fines de los ochenta a principios de los noventa para transformar la sociedad y la economía mexicanas y para redefinir sus formas de intervención en la sociedad, así como las diferentes respuestas e iniciativas de diversos grupos económicos, étnicos y políticos en el mundo rural nos obligan a buscar nuevas perspectivas analíticas. El reto, por tanto, es analizar de qué manera distintos grupos políticos (burócratas gubernamentales, ejidatarios, agroindustriales, etcétera) y en diferentes ámbitos o arenas de confrontación ("la nación", un municipio, una organización de productores, etcétera) han intentado realizar determinados proyectos económicos y políticos, oponiéndose y/o plegándose a los de otros grupos –ya sea a nombre "del Estado", "por el bien de la nación", por "la reivindicación de los pueblos indios del país", etcétera. Pensamos que de esta manera estaremos en mejores condiciones para estudiar en su riqueza problemática las relaciones, por ejemplo, entre proyectos gubernamentales y las reacciones de sus supuestos "beneficiarios" o afectados: las predicciones alegres que el gobierno hacía hasta hace poco (principios de 1994) sobre la rapidez con la que PROCEDE iba a terminar la colosal labor de expedir los certificados ejidales individuales y los títulos de solares urbanos en todos los ejidos del país se han hecho pedazos frente a numerosos problemas, entre los que destacamos la diversidad de intereses con respecto a la tenencia de la tierra tanto regionalmente como entre ejidos y dentro de ellos mismos. Esta diversidad de proyectos se ha traducido en formidables obstáculos desigualmente dispersos y atomizados en el

territorio nacional: p. e. las disputas por linderos, las formas cotidianas de resistencia y viejas disputas por herencia de tierras, condimentadas con diversas dosis de desconfianza hacia el gobierno.

Por lo tanto, es necesario reconsiderar nuestras teorías y metodologías para que nos permitan analizar no solamente las grandes y dramáticas transformaciones macro-estructurales y de política gubernamental sino también las diversas luchas y los proyectos políticos, socioeconómicos y culturales gestados cotidianamente entre diferentes grupos locales, regionales y de burócratas que se han ido generando durante los últimos años –tanto en México como a nivel global. Proponemos que esta reflexión ponga el acento en la coexistencia de distintos proyectos, prácticas e identidades colectivas dentro de diversas arenas de negociación, como ejidos, uniones de comuneros, organizaciones de productores, asociaciones empresariales, comunidades, y grupos domésticos, así como en el seno de diversos campos sociales, p. e. el mismo Estado nacional.

Consecuentemente, es de suma importancia considerar los grandes cambios que se han dado en diversos ámbitos socioculturales y que tienen que ver con la construcción de nuevos estilos de vida y de identidades que pueden variar de una microregión a otra (González y González 1964; Barragán 1990). Cambios en patrones de migración, en modalidades de inversión agrícola y en formas de intervención estatal relacionados con la provisión de bienes y servicios por el aparato de Estado han estado asociados con la emergencia de nuevas concepciones de lo rural, de nuevas aspiraciones y lealtades que implican nuevas nociones de ciudadanía, de nuevas identidades sociales que se han ido gestando a partir de las luchas por espacios económicos y culturales, etcétera.[3]

3. Estas nuevas nociones tienen grandes implicaciones para la reconceptualización teórica de categorías como espacio, sitio y lugar como espacios de interacción social (no necesariamente cara a cara) en los que se enfrentan diferentes estilos de vida y proyectos, y que a su vez pueden variar según género, generación y clase social. Una muestra de estos desarrollos teóricos son las investigaciones sobre migración internacional México-Estados Unidos que han propuesto la idea de circuitos o comunidades transnacionales como construcciones sociales. Véanse Rose (1989), Glick-Schiller (1992), Zendejas (1997) y el artículo de Smith en este volumen.

Los ejemplos mencionados nos remiten al reto de teorizar las implicaciones de la cambiante pluralidad política, económica y cultural en torno al México rural, aunque ya existen trabajos importantes al respecto (p. e., De La Peña 1986; 1992; Leyva 1993; Zárate 1994; 1995). La pluralidad de identidades culturales (comunidades indígenas, rancheros criollos, ejidatarios mestizos, sectas protestantes, etcétera), la enorme diversidad de ejidos en términos de acceso a recursos y formas organizativas, las múltiples formas en las que pobladores rurales se relacionan con "el aparato y la idea de Estado" (Abrams 1988), la gran diversidad de propuestas y proyectos de grupos sociales, nos obligan a repensar nuestro arsenal analítico y metodológico que en gran medida adolece de supuestos unilineales, de inevitabilidad y de externalidad.[4] Ya se sugirió que estos supuestos han sido fuertemente criticados por corrientes que hoy en día ponen énfasis en acción social y que insisten en la necesidad de mostrar cómo se generan diferentes formas de conciencia social (Smith 1989; Roseberry 1991b; Stern 1987; Gledhill 1993) y/o que argumentan que es necesario incluir la voz y las interpretaciones de los actores tanto en la etnografía como en el análisis teórico (Gudeman y Rivera 1990; Long 1992; de Vries 1992; Marcus y Fischer 1986; de Vries y Zendejas 1995).

También podemos apreciar la emergencia de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas en nuestras propias áreas de estudio. Por ejemplo, los populares trabajos que se enfocan en formas cotidianas de resistencia (Scott 1985; 1990; Nugent 1993; López 1993), los que centran su interés en movimientos sociales que combinan diferentes aspiraciones, discursos y prácticas organizativas (Harvey 1994; Foweraker 1990), estudios sobre cultura popular en ámbitos rurales (Lameiras 1990), trabajos sobre migración que prestan especial atención a las condiciones culturales de los migrantes y a procesos de construcción de espacios transnacionales (Smith 1995; Rouse 1989; Glick-Schiller *et al.* 1992), investigaciones sobre cómo campesinos y

4. Los supuestos de unilinealidad, externalidad e inevitabilidad implican que existen procesos primarios (p. e. de innovación tecnológica), lógicas fundamentadas en procesos históricos (p. e. de racionalización burocrática o de acumulación capitalista) o requisitos funcionales (como la necesidad de la sustitución de valores tradicionales por valores modernos) que producen impactos similares en las diversas situaciones locales y que no son sujetos a negociación, apropiación o modificación por actores locales.

funcionarios de bajo rango amplían sus márgenes de maniobra para construir proyectos de vida (De Vries 1997; Van der Zaag 1992; Arce 1993), así como nuevos enfoques para el estudio de formas locales de organización (des)-corporativizadas como el ejido (Zendejas 1995; Nuijten 1992), etcétera.

Esperamos que este libro incite a la discusión sobre cómo nuestras investigaciones pueden ser enriquecidas por debates teóricos y metodológicos que se han desarrollado en distintos ámbitos académicos. En este sentido, invitamos a debatir sobre corrientes que han surgido desde hace varias décadas (Thompson 1963; 1993; Williams 1977; 1995; Giddens 1984; 1990; Bourdieu 1977; 1991; 1994) y que prestan especial atención a las formas como actores sociales interpretan y analizan su propia condición y a cómo construyen histórica y culturalmente estrategias para enfrentar y entender situaciones conflictivas. También queremos traer al debate estudios sobre las formas en que se imaginan y construyen comunidades políticas (Anderson 1991).

Tales estrategias teóricas y metodológicas deben conducir a la construcción de agendas de investigación empíricas que nos permitan entender cómo grupos, organizaciones e individuos generan y enfrentan cambios y transformaciones que no solamente tienen incidencia en su propio entorno (o mundo de vida) sino también fuera de él. Desde esta perspectiva, pensamos que la reflexión teórica debe conducirnos a generar investigaciones que, además de estar teóricamente fundamentadas, arrojen luz sobre cuestiones que son vitales para individuos y grupos (campesinos, comerciantes, migrantes, jornaleros, burócratas, etcétera). En suma, invitamos a reflexionar sobre las distintas disputas sobre el México rural, en términos de prácticas (políticas, organizativas, económicas y culturales), identidades colectivas y proyectos.

III

En lo que sigue quisiéramos destacar algunos planteamientos que se desprenden de muchos de los capítulos de este libro y que a nuestro juicio ofrecen pautas importantes para reflexionar en torno a los estu-

dios sobre el México rural. Aun cuando dichos planteamientos no constituyen un común denominador para todas las contribuciones, pensamos que sirven para cuestionar o cuando menos problematizar nociones recibidas sobre el carácter específico de lo rural o del mundo campesino en espacios regionales y nacionales. Estamos apuntando a lo problemático que resulta entender lo rural, o lo agrario, como una esfera "objetivamente" distinguible, sea en términos de tecnologías, relaciones políticas o formas culturales que lo contrapongan de forma binaria a un "otro" que sería lo urbano o industrial. La dicotomía entre lo rural y lo urbano es una construcción discursiva (política y cultural) que encubre una enorme heterogeneidad de experiencias y formas organizativas en espacios discontinuos (pero socialmente interconectados) que trascienden sectores, regiones y fronteras nacionales. Cabe añadir que si titulamos este libro *Las disputas por el México rural* fue en gran medida para destacar el significado político del término discursivo "rural", como un referente común en disputas políticas en que participan movimientos políticos, organizaciones de productores agrícolas, organizaciones no gubernamentales, agencias gubernamentales, etcétera. Pero existe también un imaginario "popular" o, mejor dicho, varios de estos imaginarios que evocan, sin definir, lo que entendemos por lo rural, y que incluyen conceptos como pueblo, rancho y comunidad indígena, haciendo referencia a un sinfín de identidades y prácticas sociales que lejos de delimitar una esencia fundamental (de lo campesino, o lo rural) adquieren un gran valor simbólico en la definición de determinadas aspiraciones (étnicas, religiosas) y luchas (por la tierra, por el medio ambiente). En otras palabras, queremos subrayar la importancia de hacer esta distinción entre "lo rural" como construcción discursiva dentro de espacios políticos, académicos y de gestión administrativa y, por otro lado, el arsenal de nociones a través de las cuales se evocan relaciones "locales". El rancho, para dar un ejemplo, es una localidad donde hay producción agrícola, artesanal, donde migrantes en los Estados Unidos van a pasar sus vacaciones o a pensionarse, donde se disputan recursos y comunales familiares (muchas veces generados en otras localidades) donde se van generando demandas por servicios "urbanos", etcétera. Pero el rancho también es un elemento dentro de la construcción de

identidades como "ranchero", en contraposición a la de "indígena", o mixteca, o purépecha. El rancho, además es un ámbito desde el cual se construyen redes sociales que, como en el caso de la migración, trascienden la localidad. Y tampoco olvidemos que el rancho también forma parte de estructuras regionales y de poder más amplias con trayectorias históricas complejas. El termino "rural", en cambio, no recoge esta amalgama de relaciones, interconexiones y significados.

Quisiéramos ilustrar algunos de estos temas –la construcción social del espacio, las múltiples identidades sociales, la construcción de proyectos organizativos y la cotidianidad de lo político– apoyándonos en algunas experiencias en un ejido en el occidente de Jalisco, que para la ocasión llamaremos La Canoa (véase capítulo de Monique Nuijten en volumen II, y Nuijten 1992). Sin pretender que este ejido sea representativo de todos los ejidos ni que sirva para sacar conclusiones generalizables, el ejemplo es útil porque nos permite enfocar en la interrelación entre eventos dramáticos a nivel nacional y las historias locales de varios grupos de pobladores desde la perspectiva de la vida cotidiana. En particular quisiéramos centrarnos en cómo los grandes eventos de los últimos años han sido entendidos por los pobladores de este ejido –comprensión que está profundamente articulada con dichas historias locales.

La Canoa es un ejido cuyos pobladores tienen muy poca experiencia de participación en movilizaciones campesinas o regionales, o en organizaciones de productores agrícolas. Algo que ahí nos llamó la atención fue lo que percibimos como una falta de interés en el ejido como forma de organización local, lo que se reflejaba en el hecho que poca gente asistía a las asambleas y que en éstas no se tomaban decisiones. Aun más, existía un gran temor a cualquier tipo de confrontación en estas asambleas y las personas con autoridad moral sencillamente evitaban asistir a ellas. En el ejido se podían discernir dos grupos familiares que siempre se habían repartido los puestos más importantes del comisariado ejidal. En los últimos años, sin embargo, también entre estos grupos se veía una falta de interés en el ejido. Más bien intervenían para asegurarse que el ejido no llegara a ser un instrumento en manos de la facción adversa o de un grupo contestatario.

Tampoco se podía hablar de un fuerte arraigo que se expresara en una ideología localista marcada. La mitad de las personas nacidas en La Canoa habitaban en los Estados Unidos. Para nosotros era increíble ver la facilidad con la cual familias enteras tomaban la decisión, de un día para otro, de migrar a Los Ángeles o Chicago. Muchos que migraban, sobretodo los jóvenes, habían perdido todo interés en regresar al ejido y manifestaban a sus padres que de ningún modo estarían dispuestos a regresar a La Canoa a trabajar la tierra como ejidatarios. Sin embargo, las relaciones familiares entre el norte y La Canoa seguían siendo sumamente fuertes.

Finalmente, estaban las relaciones con el gobierno que eran sumamente complejas. Al realizarse la primera dotación de parcelas ejidales, en vez de ser repartida, una extensión considerable de tierra fue apropiada por miembros de las familias más allegadas al hacendado –los que se convirtieron en pequeños propietarios, además de ejidatarios. Había un grupo en el ejido que insistía en reivindicar esta tierra y durante muchos años emprendieron trámites interminables. Al mismo tiempo había un grupo considerable de ejidatarios que se oponía a este reclamo, sea porque pertenecían a las familias beneficiadas o porque temían un enfrentamiento que costara vidas.

El reclamo por la tierra sencillamente se empantanaba en una espantosa burocracia que los engañaba y les robaba recursos ejidales. La relación con la burocracia llegó a ser traumática, lo que se reflejaba en una larga historia de relaciones con abogados y gestores que, después de haberles prometido arreglarles sus problemas a cambio de sumas considerables, desaparecían para no volver más. El Estado resultaba ser algo demasiado lejano, demasiado inasible, impenetrable. Al mismo tiempo votaban por el PRI.

La idea que nos formamos del ejido con base en esta experiencia fue la de una forma de organización con una capacidad de representación política limitada , que se enfrentaba a una burocracia estatal parásita, y que se veía entrampada dentro de un sistema político que no podía o no le interesaba dar respuestas a las demandas de sus pobladores. Lo anterior, empero, no significa que no había prácticas de organización local importantes, pero éstas se desarrollaban dentro de ámbitos semi-

legales, siendo dos ejemplos significativos el de la compra-venta de tierras y la organización de la migración ilegal a los EEUU.

Vemos, entonces, que al darse a conocer las modificaciones al artículo 27 constitucional había tres factores que apuntaban al debilitamiento del ejido como un órgano de organización comunal, productiva o como una estructura de intermediación con el Estado:

1. La no centralidad de la tierra en la reproducción social de la localidad. La reproducción social de La Canoa dependía de la existencia de redes complejas con "el norte" y de la importancia de la migración en las estrategias de vida de la gente. Esto había sido acompañado por la existencia de un mercado de tierra que funcionaba con muy pocas restricciones por parte de las autoridades ejidales o de la Secretaría de la Reforma Agraria (SRA). Sin embargo, esto no significaba que la lucha por la tierra había dejado de ser un punto importante en La Canoa.
2. La poca importancia del ejido en las estrategias de captación de recursos estatales. Para la mayoría de los ejidatarios lugareños, el ejido había dejado de ser un órgano importante en la toma de decisiones sobre cuestiones productivas, de organización local y de la relación con instituciones estatales. Estas decisiones se tomaban en el contexto de las relaciones y luchas entre diferentes grupos o familias en la localidad. El ejido, sin embargo sí seguía jugando un papel importante en decisiones acerca de la tierra comunal (o coamil) y en los reclamos de un sector de la población por recuperar predios de tierra que nunca habían sido repartidos.[5]
3. La falta de una conciencia local campesina que estuviera basada en un sentimiento de que había una relación privilegiada con los aparatos de Estado. No se podía hablar de una lealtad histórica hacia

5. Generalmente es ignorada esta diferencia entre ejido y poblado que puede tener implicaciones políticas importantes, tanto a nivel local como municipal. Generalmente una buena parte de los residentes de un poblado no son ejidatarios. Además, mientras la localidad depende políticamente del ayuntamiento municipal, el ejido como institución agraria escapa a la jurisdicción de éste. A partir de esta diferencia, muy diversos traslapes de reclamos de autoridad se pueden dar, desde el aquí referido, hasta casos contrarios en los que las asambleas ejidales son el espacio donde se toman decisiones sobre toda la población local y sobre asuntos que rebasan la competencia del ejido, como los servicios públicos. Véase Zendejas (1995).

el Estado, o de una deuda política que se expresara en relaciones clientelares con el gobierno (aunque sea porque el gobierno en la época tenía muy poco que ofrecerles y las experiencias previas de la lucha por la tierra tampoco habían sido muy positivas). Esto resultaba en memorias colectivas basadas en una multiplicidad de experiencias que no se restringían a eventos "locales", sino también a la migración.

Hay que anotar que grandes cambios ocurrieron en la región a la que pertenece La Canoa desde fines de los años sesenta. En esa década fue establecido un sistema de riego y en 1968 un ingenio de azúcar, lo que amplió las oportunidades económicas de los productores. Además, por esa epoca la migración hacia "el norte" dejó de ser un simple suplemento para la economía familiar para convertirse en un elemento central para la subsistencia de la mayoría de pobladores de La Canoa. Otro cambio, con un significado regional, tuvo que ver con el ocaso del cacicazgo del general Barragán. Durante muchos años, "el general" había intervenido políticamente en los ejidos de la región, por ejemplo, nombrando arbitrariamente a miembros del comisariado ejidal. Es probable que este uso del ejido como instrumento de control e intermediación políticos (sobre todo a través de la figura del comisariado ejidal) en torno al "general", haya contribuido decididamente para que el ejido fuese descartado por la mayoría de los mismos ejidatarios locales, como una arena de toma de decisiones. Este cacicazgo, feroz y violento, había decaído con la muerte del general, dejando una especie de vacío político en la región. El resultado fue un desplazamiento de las prácticas organizativas hacia arenas y mecanismos menos localizados, y por lo tanto más difíciles de visualizar para el Estado, como redes interfamiliares.

Este "vacío" o desplazamiento, también se expresaba en la "conciencia" política de los pobladores. Aunque existía una desconfianza profunda hacia la burocracia gubernamental y el PRI, no se podía hablar de una conciencia política en relación con problemas locales. El PRI representaba la continuidad, lo que para algunos era paz y para otros, corrupción. La oposición representaba el cambio, lo que algunos veían como inestabilidad y otros como una manera de poner fin a la arbitrariedad y

corrupción. No se podía hablar de una oposición clara a las políticas estatales neoliberales que ya estaban teniendo un efecto marcado en la zona: el retiro del gobierno que se manifestaba en el recorte de los créditos de BANRURAL, etcétera. Muchos se quejaban por los bajos precios del maíz, y por la falta de alternativas agrícolas. Pero esto no se traducía en demandas por más apoyos gubernamentales. Las demandas de los que se oponían al PRI no eran tanto de corte político, sino de carácter moral.

Para entender esta situación hay que señalar que muchos de los debates sobre justicia social, ciudadanía y derechos en La Canoa no estaban relacionados únicamente al ámbito político regional o nacional, sino que también se referían importantemente a experiencias transnacionales de migración. Los migrantes provenientes de La Canoa habían sido expuestos al discurso de ciudadanía en "el Norte" desde una experiencia "marginal", muchos de ellos como indocumentados. Sus relaciones con el sistema político mexicano habían sido marcadas por la experiencia de ser mexicanos en un ámbito donde *de facto* no podían reclamar ningún derecho en virtud de dicha identidad nacional, y de haber tenido que operar en ámbitos ilegales que los convertían en presa fácil de la burocracia.

Estas experiencias influyeron mucho en la forma como percibieron los nuevos programas rurales durante la administración salinista. PROCAMPO es un ejemplo interesante de un programa estatal que, contrariamente a lo que muchos esperarían, tuvo una recepción positiva. Inicialmente causó rechazo, no por la insuficiencia del apoyo sino por el miedo de muchos ejidatarios a que sus parcelas fueran registradas. Existía un temor marcado a lo que era percibido como una ampliación de facultades de un gobierno que era visto como sumamente corrupto. Sin embargo la casi totalidad de los elegibles en el ejido se registró al PROCAMPO y el programa llegó a ser considerado en primera instancia como un enorme éxito, precisamente por la aparente falta de corrupción y de arbitrariedad en su ejecución. Se podría sugerir que el éxito de PROCAMPO fue una experiencia grata entre los ejidatarios locales que

mostró la posibilidad de relacionarse con agencias gubernamentales de una forma no clientelista.[6]

Ahora veamos cómo los ejidatarios de La Canoa reaccionaron ante los grandes eventos que acontecieron recientemente, para comenzar, las reformas del artículo 27 constitucional. Dado el grado avanzado de procesos de mercantilización de la tierra no se podía esperar mucha resistencia a las nuevas políticas agrarias por parte de los ejidatarios. En sí esta reforma no causó estupor, nadie vio alguna razón para oponerse a una situación que ya existía *de facto*. Lo que sí causó mucha impresión fue el discurso moral de Salinas que acompañó a esta reforma: las promesas de que se acabaría con la corrupción, que se construiría un Estado que respondiera a las demandas justas de los ejidatarios, y que en el futuro éstos serían tratados como ciudadanos adultos, terminándose con el paternalismo.

En efecto, este discurso generó expectativas entre los grupos que estaban a favor del reclamo de la tierra no repartida. Curiosamente, la facción más desposeída del ejido leyó los discursos oficiales sobre las reformas al artículo 27 como una promesa de que sus demandas por la tierra serían escuchadas. El grupo que reclamaba el reparto del total de la dotación ejidal emprendió una nueva lucha por el control de la directiva del ejido y, por primera vez, con éxito. Es decir, las reformas al artículo 27 tuvieron paradójicamente el efecto de dar un nuevo impulso a la lucha por la tierra.

La historia de esta lucha en La Canoa, sin embargo, no tiene un final feliz, por lo menos hasta fines de 1995. Los ejidatarios se enfrentaron a instituciones nuevas como la Procuraduría Agraria (PA), que si bien no eran percibidas como corruptas (a diferencia de la entonces llamada Promotoría Agraria de la SRA), no tenían la capacidad, ni demostraban interés en ayudarles en su lucha. La PA sencillamente no podía dar respuesta a las demandas de los ejidatarios y además se vio confrontada con la falta de mecanismos institucionales para lidiar con ese tipo de

6. Sin embargo, como tantos programas gubernamentales que iniciaron con buenas intenciones, PROCAMPO terminó siendo uno más que fue utilizado con fines electorales y por lo tanto sujeto a manipulaciones políticas.

luchas.[7] Como resultado, La Canoa fue caracterizado por la Procuraduría Agraria como un ejido conflictivo y fue tachado de la lista de ejidos prioritarios para su incorporación al PROCEDE. Al mismo tiempo, las viejas instituciones como la SRA seguían operando bajo la mismas modalidades de antes en la región.

Veamos como otros grandes eventos afectaron la imagen que del Estado tenían los ejidatarios de La Canoa. Los acontecimientos en Chiapas fueron para ellos una confirmación de la incapacidad del gobierno para poner fin a la enorme injusticia social en el campo. Pobladores que se identificaban fuertemente con una cultura ranchera, de repente empezaron a identificarse con grupos indígenas, por los que no habían solido tener mucho aprecio.

Finalmente, en las elecciones presidenciales de 1994, una clara mayoría de la población decidió votar por el PAN. Esta fue la primera vez que el PRI perdió en La Canoa –aunque hay fuertes indicios de que, sin fraude, en esta localidad el PRD habría ganado arrolladoramente en las elecciones presidenciales de 1988. No tenemos razones claras de por qué ganó el PAN, pero pensamos que el debate público entre los candidatos les convenció que el único que podría realizar los cambios prometidos por Salinas sería el candidato del PAN. Este partido no tenía ninguna ascendencia en el ejido antes del debate televisado, pero Fernández de Ceballos supo capitalizar la sensación de malestar tanto de expriístas como de otros que se consideraban simpatizantes de partidos de izquierda.

Lo que vemos, entonces, es que los grandes eventos que acontecieron en México en los últimos años generaron expectativas nuevas y una dinámica local que enfrentó a los ejidatarios con los límites del cambio político, y que esta dinámica está dando lugar a nuevas formas de política local y conciencia social.

¿Qué significa el caso de La Canoa en términos de los planteamientos de la sección anterior? Pensamos que el reto nuestro es el de desarrollar marcos teóricos que nos permitan analizar las relaciones entre supuestos pequeños sucesos en localidades como La Canoa y

7. Al radicalizarse las posiciones de las partes, estas disputas sólo podían ser oficialmente procesadas por los Tribunales Agrarios, de nueva creación.

supuestos grandes eventos como la firma del TLC, los cambios en modalidades de intervención estatal, o el levantamiento de Chiapas.

Este ejemplo nos ayuda a definir una serie de temas y problemas que vemos compartidos en muchas de las contribuciones a este libro. Podemos señalar los siguientes,

1. La importancia de lo cotidiano. Si queremos entender los efectos de las reformas al artículo 27 y de otras reformas administrativas e institucionales tendremos que estudiar cómo estas reformas llegan a tener diversos significados para las prácticas cotidianas de burócratas, ejidatarios y de otros grupos de no-ejidatarios que disputan el acceso a recursos ejidales, comunales y de organizaciones para la producción (véanse las contribuciones de G. Mummert, H. Baitenmann y de M. Villarreal en el volumen I). En otras palabras, necesitamos desarrollar marcos teóricos que puedan captar las complejidades de las historias locales de pobladores como los de La Canoa y de funcionarios gubernamentales, de tal suerte que nos permitan analizar diversos tipos de arreglos que no se pueden reducir a una racionalidad burocrática o legalista. La catalogación como prácticas ilegales o corruptas de muchos de esos arreglos nos impide problematizar las relaciones entre poder, valores e intereses pragmáticos de diferentes grupos; relaciones en las que la violencia cotidiana es un ingrediente en la configuración y confrontación de distintos proyectos sociales.[8] De esta manera podemos evitar tanto visiones legalistas o formalistas como visiones románticas que celebran las prácticas de resistencia de grupos subordinados ante un poder "hegemónico" (véanse las diferentes posiciones al respecto en los capítulos de Harvey II, Stephen y Pisa II, Torres I, Baitenmann I, y Gledhill I).

Estas preocupaciones también se ven reflejadas en los capítulos de los profesores Norman Long I, Gavin Smith II y William Roseberry I, aunque de maneras diferentes.

2. La necesidad de repensar nociones como región, comunidad y localidad, no como unidades espaciales autocontenidas en las que existe una relación biunívoca entre territorio y cultura, sino como espacios

8. Para un análisis que vincula esta problemática con el estudio de procesos de formación del Estado, como una comunidad imaginada y políticamente en construcción, véase Gupta (1995).

socialmente construidos y culturalmente imaginados que están indisolublemente interconectados entre sí y en los que nada garantiza que en cada territorio exista una sola cultura como totalidad homogénea exhaustivamente contenida en dicho territorio (Gupta y Ferguson 1992). El ejemplo de Canoa demuestra muy bien que al hablar sobre el ejido y la localidad como espacios determinados de relaciones sociales no debemos olvidarnos que la mitad de la población nacida en la localidad vive en Estados Unidos, que existe una comunicación constante entre Los Ángeles, Chicago y La Canoa, y que no todos los lugareños son ejidatarios. Un reto de investigación por lo tanto es conceptualizar las implicaciones que espacios sociales territorialmente discontinuos y fragmentados tienen para las estrategias de vida de familias e individuos que comparten sus vidas en el "norte" y en México. Esto tiene implicaciones importantes para los siguientes temas: migración, formación de comunidades transnacionales (R. Smith I), redes y coaliciones transnacionales de pequeños productores agropecuarios y la reconceptualización de la noción de fronteras (Kearney 1991). Con relación a los estudios sobre migraciones, esto significa que tenemos que problematizar la idea de desplazamientos de individuos y familias entre territorios cultural, política y económicamente discontinuos y diferentes entre sí (Zendejas 1997). Una noción de espacio social y culturalmente construido nos permite analizar la emergencia de "comunalidades" y de conflictos entre individuos y grupos que se sostienen a través de un flujo continuo de personas, mercancías, bienes simbólicos y de información basados en el desarrollo de los medios masivos y objetos de comunicación –avión, teléfono, fax, cassettes de video y audio, fotografías, etcétera (véase el artículo de R. Smith I). La noción de espacio social y culturalmente construido también nos permite analizar la formación de coaliciones entre ONGs –cuyos ámbitos de acción frecuentemente desbordan fronteras nacionales– y diversos grupos locales (artículo de S. Robinson I), así como la creación de redes de organizaciones de productores o comerciantes de distintos países para cabildear a gobiernos y congresos coordinadamente con relación al Tratado de Libre Comercio, sobre la base de la identificación de intereses comunes que trascienden a las políticas nacionales (véase la contribución de L. Hernández I). En

ambos volúmenes se presentan varios casos interesantes sobre esta problemática. Varios artículos se refieren al ejemplo de comunidades socialmente construidas y culturalmente imaginadas, ya sea al reflexionar sobre la construcción siempre inacabada de la nación, como comunidad imaginada, en sus conexiones con el resurgimiento de la etnicidad en México, Ecuador y Bolivia (G. de la Peña II); sea al abordar el caso de los migrantes campesinos que fundaron un pueblo en la frontera sur del país (V. Chenaut II), o al considerar a "la comunidad" como elemento central de la ideología de una organización indígeno-campesina con el que sus líderes buscan cohesionar política y culturalmente a militantes radicados en distintas localidades, unos indígenas y otros mestizos, unos ejidatarios, otros comuneros y muchos más, sin tierras (M. Zárate II). Además, Chenaut usa la noción de "espacio jurídico" para referirse a las comunidades menonitas como espacios de interacción social en los que existe un cierto orden normativo independientemente del lugar donde se asienten, es decir, independientemente de una determinada territorialidad.

3. La importancia de enfocar en prácticas sociales como prácticas organizativas; es decir de estudiar cómo se gestan modos de organización activamente, más que los aspectos institucionales o formales de la organización. Por ejemplo varios capítulos apuntan al extraño fenómeno que dentro de la supuesta desorganización puede haber un orden o una lógica (Stephen y Pisa II). Si resulta algo recurrente que en asambleas ejidales no se cumple el *quórum*, o si funcionarios de la Procuraduría Agraria se encuentran con que cada vez que llegan a una junta con ejidatarios los encuentran ebrios, esto podría ser una indicación de que estas formas de desorganización en realidad son formas de resistencia. Es decir que posiblemente haya un orden que subyace a la supuesta "desorganización".[9] Por otro lado, nociones de "organización" y "desorganización" pueden ser considerados como elementos dentro de discursos más amplios que son instrumentales en formas de control y

9. Sin embargo, además de las críticas existentes a la noción de formas cotidianas de resistencia (Becker 1989; Gutmann 1993; Mitchell 1990), debemos estar alertas sobre los excesos a que ha llevado el auge de los estudios sobre resistencia. Véase el ensayo crítico de Brown (1996).

prácticas de ordenamiento que concuerdan con los intereses y proyectos de grupos determinados. Por ejemplo, las prácticas políticas de movimientos sociales como el de los zapatistas (EZLN) y el del Barzón han sido calificados como creadores de caos por determinados grupos políticos y empresariales, mientras que para los zapatistas, barzonistas y sus seguidores representan vías alternativas para la redefinición democrática del estado-nación, y de políticas económicas alternativas al neoliberalismo (véase el artículo de Torres I).

4. El tema del poder como parte integral de relaciones sociales en contextos cotidianos. Se podría argumentar que para entender los mecanismos de las relaciones de poder, en vez de enfocar exclusivamente en los grandes eventos y escenarios del Estado, también debemos analizar los pequeños eventos y cambios en la vida cotidiana. Tomando el ejemplo de La Canoa, se podría decir que "el poder del [aparato de] Estado" no radica tanto en la capacidad de reprimir, sino en la capacidad de la burocracia de controlar intentos de movilización u organización política a través de la utilización de discursos y procedimientos asociados con la ideología de la Revolución –lo que no significa que los pobladores de La Canoa acepten la legitimidad de las acciones de la burocracia gubernamental (véase también el artículo de A. López Monjardin II). Esto se manifiesta en una actitud ya sea de desconfianza o pragmática con respecto a los grandes proyectos gubernamentales dirigidos a sacar a "los hijos predilectos de la revolución" de su endémico atraso. Pero en otros casos se puede manifestar en las luchas y reclamos étnicos, agrarios y sociales de otros grupos asociados a su problemática emergencia como ciudadanos (también A. López M. II). La implicación de un enfoque como éste para el análisis de prácticas políticas es la de no restringirnos a los eventos, acciones, programas y declaraciones políticas "en nombre del Estado", sino también enfocar en las divergencias, los desacuerdos y las pequeñas rupturas entre, por ejemplo, las burocracias, entre diversos grupos de pobladores rurales, y entre aquéllos y éstos. Así, varios capítulos ponen énfasis provocadoramente en la coexistencia de discursos y programas gubernamentales "de modernización" con la redefinición (que no necesariamente significa desaparición) de cacicazgos y relaciones clientelares. Es más,

una de las tesis en los capítulos de N. Harvey II, de H. Baitenmann I y de J. E. Zárate II es que esos tipos de relaciones y formas de intermediación política, generalmente considerados como resabios de un régimen político corporativista y clientelar, como parte de lo que supuestamente debe desaparecer con "la modernización" impulsada por el gobierno federal, son articuladores clave de prácticas políticas impulsadas por el mismo gobierno para hacer avanzar sus proyectos de reforma, llamados acríticamente de "modernización".

5. Esto nos lleva a rescatar la importancia de lo imaginario. Varios artículos tratan el tema de las comunidades apoyándose en la noción de comunidades imaginadas de Benedict Anderson (1991). Una preocupación muy actual de intelectuales mexicanos es el estudio de las maneras y condiciones históricas en las que un arsenal de rituales y narrativas sobre la Revolución han servido para la conformación de una comunidad imaginada nacional mexicana (Beezley; Martin y French 1994). Por ejemplo, la contribución de Alan Knight II hace énfasis en las diversas narrativas sobre la Revolución mexicana, contribuyendo de distintas maneras a la construcción del imaginario colectivo del estado-nación mexicano. También en el caso de La Canoa vemos que la gente está involucrada en la construcción de la comunidad imaginada mexicana. Sin embargo ellos son conscientes de las discrepancias entre el discurso estatal de la revolución y su propia historia (véase también el artículo de J. E. Zárate II), así como de las discordancias entre el supuesto orden legal estatal y sus amargas experiencias con las prácticas de burócratas y magistrados supuestamente encargados de aplicar dicho orden legal. Por su parte, la contribución de Stephen y Pisa II también contribuye a problematizar la idea de una hegemonía nacionalista al mostrar cómo indígenas oaxaqueños se apropian el discurso zapatista del EZLN al mismo tiempo que siguen votando por el PRI. A partir de la problemática del pluralismo de órdenes normativos, los artículos de M. Zárate y de V. Chenaut en el volumen II contribuyen a problematizar la noción de hegemonía. La primera muestra cómo, en el caso de una organización indígeno-campesina michoacanas coexisten problemáticamente el acatamiento de un orden legal estatal con la crítica y subversión del mismo mediante la creación discursiva y organizativa de órdenes paralelos de

resistencia y, ocasionalmente, de antagonismo. Curiosamente, los elementos etnográficos del artículo de V. Chenaut también contribuyen a problematizar la noción de hegemonía, a pesar de que explícitamente dice reconocerle un carácter hegemónico al derecho estatal: sus tres ejemplos apuntan al uso selectivo de distintos órdenes normativos por distintos grupos sociales "en función de sus especificidades sociales y culturales, que tienen lugar en determinadas dinámicas históricas y de poder". Otro ejemplo de una comunidad imaginada es el de la etnicidad. En su contribución en el volumen II, Guillermo de la Peña argumenta que identidades étnicas pueden ser vistas como productos imaginados relacionados con procesos de formación de estados/nación y de construcción de democracia.